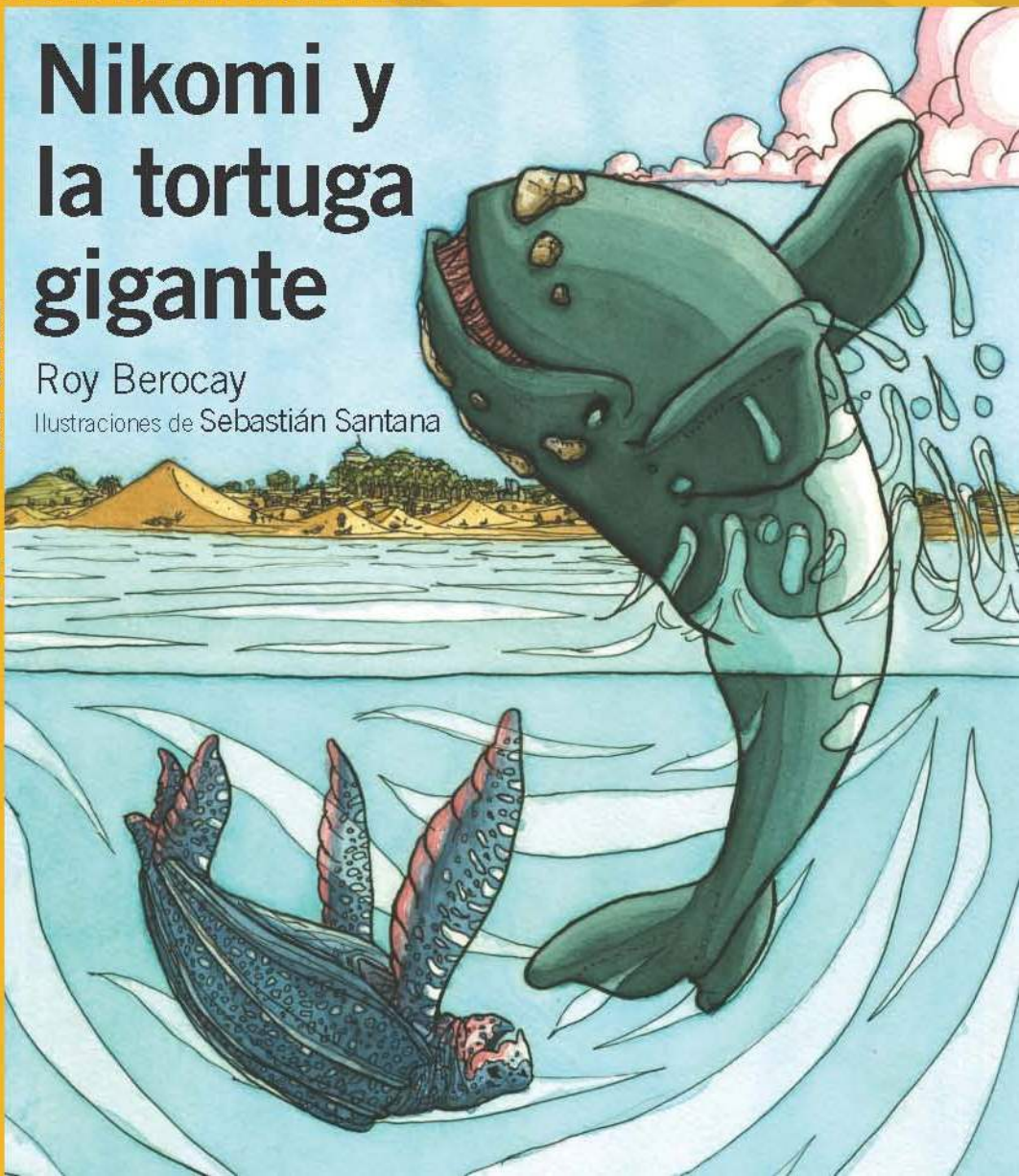


ALFAGUARA INFANTIL

Nikomi y la tortuga gigante

Roy Berocay

Ilustraciones de Sebastián Santana





ALFAGUARA INFANTIL

Declarado de interés por el
Consejo de Educación Primaria

ALFAGUARA



© 2007 Roy Berocay
© De esta edición:
2007, Programa EcoPlata
Galicia 1133 piso 1, Montevideo
Tel. 917 0710 int. 4164
ecoplata@ecoplata.org
www.ecoplata.org

Ilustraciones: SEBASTIÁN SANTANA
Editora: VIRGINIA SANDRO
Diseño de colección: MANUEL ESTRADA

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720. C1001AAP Buenos Aires, Argentina
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Santiago del Surco, Lima, Perú.

ISBN: 978-9974-95-219-5
Hecho el depósito que indica la ley.
Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay
Primera edición: Noviembre de 2007, 1.000 ejemplares.

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Nikomi y la tortuga gigante

Roy Berocay

Ilustraciones de Sebastián Santana



ALFAGUARA

INFANTIL

Estimado Lector:

Nikomi y la tortuga gigante es la historia de una ballena franca austral que, durante su estadía por el Río de la Plata, vive algunas aventuras junto a sus amigos.

Mediante esta pequeña historia, se procura dar cuenta de las características y de la multiplicidad de animales marinos que pueden encontrarse en el Río de la Plata, una realidad geográfica única e irrepetible, aunque poco conocida en algunos de sus aspectos, aun por la población más cercana.

Además de la información sobre el río, se busca dar a conocer algunas herramientas que aun los niños pueden emplear para proteger nuestras costas.

EcoPlata, como agente de educación ambiental, es el que propuso el proyecto, que hoy está en sus manos.

El Programa EcoPlata promueve la Gestión Integrada de la Zona Costera en Uruguay, a través de la articulación conjunta de actividades entre la comunidad, la academia, el gobierno nacional y las intendencias involucradas.

Nuestro objetivo es el desarrollo costero sustentable, conseguido por medio de la mejora de la calidad de vida de la comunidad y el bienestar de los ecosistemas costeros.

Finalmente, consignemos que es gracias al apoyo de las Direcciones Nacionales de Ordenamiento Territorial y de Medio Ambiente, así como de las empresas SALUS y CAMBADU, que este libro llegó hasta usted.

Disfrútelo.



Mariano Arana

—¡Que se calle! ¡Que se calle! —suplicó la ballena vieja, pero Nikomi no le hizo caso y siguió cantando.

A su lado, feliz, nadaba su enorme madre. Ella siempre le decía que cantaba muy bonito. ¿Qué importaba si todas las demás ballenas decían que desafinaba?

—¿Falta mucho, madre?

Nikomi estaba ansiosa por llegar a ese lugar donde podrían estar un buen tiempo en paz, a salvo de esos enemigos que flotaban en grandes caparazones de madera y usaban largos pinchos. A salvo también de tiburones y otros predadores.



Su madre no contestó y siguió nadando, majestuosa, en el agua clara. Nikomi sentía que no faltaba mucho para llegar a ese lugar donde, según la leyenda que las madres contaban a sus hijas desde que el mar era mar, habían encontrado refugio las primeras ballenas, allá en los lejanos rincones del tiempo.

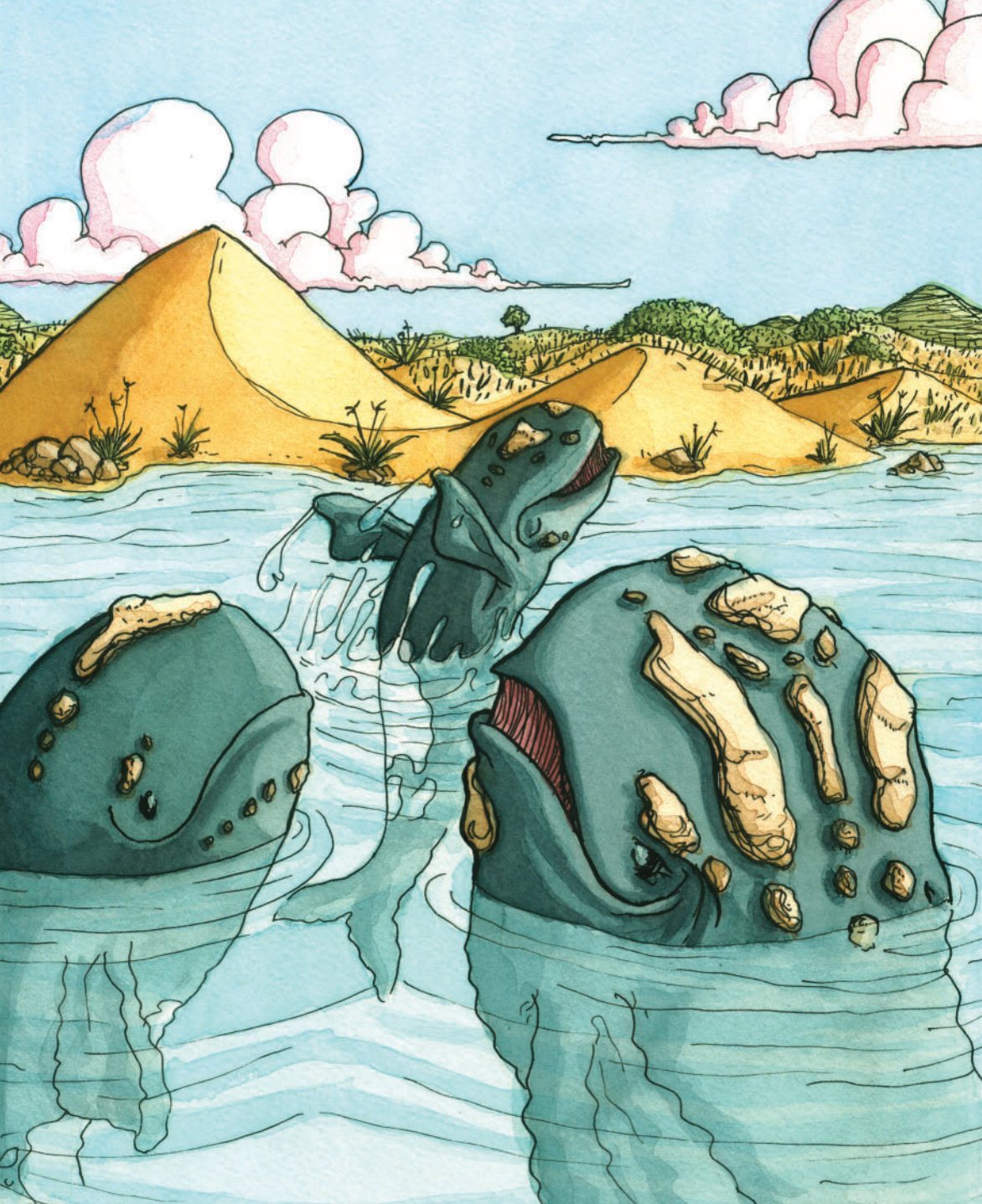
—Cuando llegaron los Padres Antiguos ese mundo sólido era todo arena, piedra y bosque, pero con el tiempo fue cambiando y mucho —le había dicho su madre.

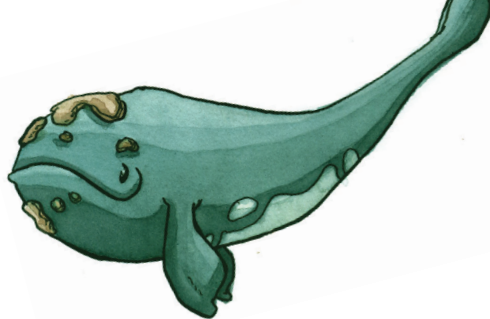
—¿Cambiando? ¿Y cómo?

—Los hombres encerraron los médanos, construyeron sus torres y cambiaron los montes. Donde antes había sólo madera, plantas y animales, ahora hay humanos, y esa tierra dura y gris con la que tapan el suelo. También pusieron árboles altos y en punta, en lugar de los antiguos, que eran más gordos y bajos, y levantaron esas altas construcciones que apuntan al cielo.









En ese entonces, Nikomi se había quedado pensando que si podían hacer todo eso, los humanos eran muy poderosos. Pero eso había ocurrido el día anterior, mientras nadaban juntas hacia el sur, cuando ella se había encontrado con Quilla, una tortuga enorme y muy graciosa, de la que se hizo muy amiga.

—¡Qué onda, ballena redonda! —la había saludado Quilla, con una de sus aletas—. ¿Van para el borde del Río de la Plata, para el sur? Dicen que no hay problemas ahí, que se puede estar bien; pero igual hay que tener cuidado con las redes de los barcos ¿no?, así perdí a mi primo y a una tía abuela que era medio sorda.

Nikomi había jugado un rato con Quilla que, cada tanto, salía disparada para comerse una medusa, pero su madre la había obligado a seguir viaje. Al parecer las ballenas tenían que llegar todas juntas al lugar, para conseguir novio o algo por el estilo. Ahora, mientras





avanzaba, Nikomi miró a su madre y sonrió para sus adentros. La suya era la mamá más linda de todas.

—¡Nikomi, arriba! —ordenó de pronto su madre, y ella enfiló hacia la superficie.

Y ahí estaba. Una larga extensión de arena, los árboles altos hamacándose con el viento de la primavera, los cerros... y también, amontonadas como mejillones sobre las rocas, estaban esas construcciones de los humanos, apiladas, apretadas unas al lado de otras.

—Ya llegamos —dijo la madre—. Podés jugar tranquila, pero no te acerques demasiado a la costa.

Nikomi sintió una alegría inmensa y se alejó velozmente para juntarse con los otros jóvenes y jugar carreras y cantar y ver cuál podía dar el coletazo más fuerte sobre la superficie. Pero primero se sumergió porque algo le había llamado la atención: eran unos caracoles grandes, que se arrastraban por el fondo. Eran muchos, cientos, y todos avanzaban hacia el oeste.

—¿Se puede saber adónde van ustedes? —preguntó Nikomi.



Los caracoles hablaron todos al mismo tiempo, pero Nikomi no pudo entender qué decían. Al parecer hablaban una lengua distinta. Aleteó un poco para descender aún más. Algunos caracoles gritaron de miedo porque creyeron que se los iba a comer.

—*No molestal calacol, tú, ballena golda.*

Uno de los caracoles, más grande que el resto, podía hacerse entender. Le contó a Nikomi que habían llegado desde muy lejos, dentro del casco de un barco, y que ahora no sabían dónde estaban.

—*Yo decil a mi amigo: “ese balco no, ese balco lejos, lejos”, y él: “no, tú venil conmigo, tú venil”... Y ahola, todos peldidos acá, y tú, ballena golda, molestal.*

Nikomi no se quedó a conversar con el caracol enojado. Subió a toda carrera y se asomó a la superficie. Hizo fuerza y expulsó un gran chorro. Le encantaba hacer eso.





En ese mismo instante vio que algo avanzaba a toda velocidad hacia ella; unas aletas cortaban el agua como cuchillos. Nikomi se puso en guardia, pero se tranquilizó enseguida: eran nada más que delfines o —como decían, medio burlonas, las ballenas— los “cerebritos” del mar.

—Eh, ballena, ¿te llamás Nikomi? —preguntó uno de los tres delfines que se acercaron a ella.

—Sí, y ¿quién quiere saber?

—Se llama Flipper —dijo uno de los delfines y se rió como loco, pero Nikomi no entendió por qué aquello era tan gracioso.

—Callate, dejame hablar a mí —dijo otro delfín—. ¿Conocés a una tortuga llamada Quilla? Es gorda, grande y...

—Sí, sí, la conozco —dijo Nikomi—. ¿Por qué? El tercer delfín se puso serio.

—Bueno, parece que tu amiga se va para el paraíso de las tortugas.

—¿Mundo marino? —preguntó el delfín chistoso.

—No, el otro lado, el más allá.



De pronto todos se quedaron muy serios.

—Pero ¿qué le pasa a Quilla?

—Se está muriendo —explicó el delfín—. Nos pidió que te avisáramos.

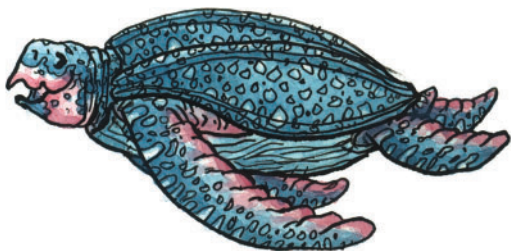
—Sí —intervino el segundo delfín—, pero nos tenemos que ir, se viene una ola gigante de comida y tenemos que estar listos.

Nikomi le pidió a los delfines que le explicaran dónde estaba su amiga y salió nadando en esa dirección.

¿Qué le habría sucedido a Quilla? ¿Por qué estaría en peligro? Nikomi recordó que su madre le dijo que no se alejara demasiado. Emitió entonces una señal larga, aguda, para avisar donde estaba. Luego enfiló hacia la zona señalada por los delfines.

Pero algo se acercaba, algo grande, algo que hacía vibrar el agua y producía un sonido ronco, fuerte, cada vez más fuerte.

Nikomi recordó lo que había dicho el delfín sobre una ola gigante de comida. ¿Sería eso? El ronquido de gi-





gante aumentó. En la distancia, brilló una enorme nube plateada bajo el agua.

Y de pronto, como salida de la nada, apareció esa masa interminable de peces. Miles, decenas de miles, cientos de miles de corvinas en todas partes, arriba, abajo, adelante, atrás, a los costados. “Una ola de comida”, pensó Nikomi y lamentó que las ballenas francas comieran solo plancton.

—¡Ey, no empujen!

—¡El último es una hueva podrida!

—¡A un lado, ballena!

—¡Callate, Cholo!

—¡No me callo nada!

—¿Ya llegamos al Río de la Plata?

—¿Quién me metió la aleta en el ojo?

—¡Yo no fui!

—¡Fuiste vos!

Nikomi se quedó quieta y vio pasar el ruidoso y peleador cardumen de corvinas que iban hacia el oeste a poner sus huevos. Vio que detrás, entrando y saliendo de la nube de peces, venían los delfines.





—¡Hola, ballena!, ¿no querés un poco de corvina? ¡Están riquísimas!

Pero Nikomi tenía que hacer algo importante y se alejó nadando en busca de Quilla. Nadó y nadó durante un buen rato hasta que creyó ver algo que flotaba en la superficie, algo grande, redondo.

—¡Quilla! ¿Qué te pasó? —Nikomi salió a la superficie al lado de su amiga.

La tortuga no respondió. Apenas podía respirar. Movi6 lentamente una aleta y mir6 a su amiga con los ojos brillosos.

—¿Qué te pasa? ¿Estás lastimada?

La tortuga no respondió.

Fue entonces que Nikomi se dio cuenta de algo: una cosa blanca y blanda asomaba por la boca de Quilla. Era una bolsa de nylon. Nikomi ya había visto esas cosas flotando en el mar, cosas que los humanos tiraban. Seguro que la muy glotona de Quilla la había confundido con un aguaviva, una medusa.



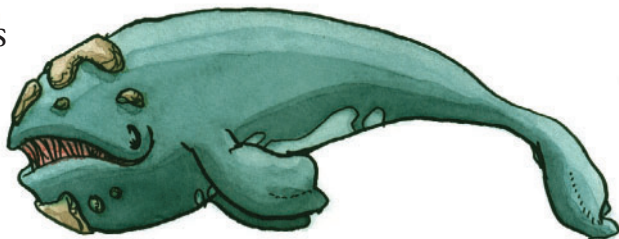
¿Quién podría ayudarla? Nikomi no podía sacar la bolsa. Pensó en los delfines y a toda velocidad comenzó a empujar a Quilla.

Una hora después, tras dejar a Quilla flotando, Nikomi, guiándose por el sonido de las corvinas, alcanzó a los delfines.

—Necesito que me ayuden, mi amiga se muere —les explicó.

Uno de los delfines se ofreció.

—Yo voy, pero ustedes guárdenme algo para el postre —dijo.



De regreso junto a Quilla, el delfín nadó alrededor de la gran tortuga. Trató una y otra vez de tirar de la bolsa pero no pudo hacerla zafar. La tortuga respiraba muy agitadamente.

—No queda tiempo —dijo el delfín.

Nikomi estaba triste. ¿Por qué los humanos eran tan destructivos? No sólo habían achicado la costa, encerrado los médanos, cambiado los montes, tapado la



tierra y construido esas cosas altas, sino que tiraban al agua toda clase de porquerías.

—Tenemos que llevarla con los humanos —insistió el delfín.

—¿Estás loco? La van a matar, los humanos son malos y sucios, destruyen todo lo que tocan —a Nikomi no le gustaba la idea.

—No hay otra solución, es eso o tu amiga...

Nikomi miró a Quilla, que apenas movía sus aletas y la miraba con ojos tristes. Respiró hondo y exhaló un alto chorro.

—Bueno, vamos.

El delfín se puso delante y la guió. Nikomi empujó y empujó a Quilla lo más cerca de la costa que pudo.

Desde la costa, un grupo de pescadores observaba con asombro. Nunca habían visto un ballenato tan cerca de la costa. Y menos, empujando una tortuga gigante.

—Yo sigo desde acá —dijo el delfín y empujó a Quilla, dejando atrás a Nikomi, que no pudo seguir porque ya había poca profundidad.





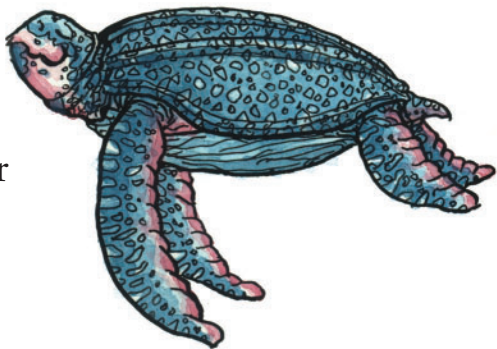
Los pescadores dejaron sus cañas en la arena y se agolparon para ver a la enorme tortuga que ahora era empujada por un delfín, que ellos llamaban tonina. Algunos se dieron cuenta de que algo extraño sucedía y se metieron al agua. Uno de ellos se acercó a la tortuga.

—¡Tiene algo trancado en la boca! —gritó, y tiró de la bolsa.

Días después Nikomi nadaba, juguetona, cerca de una isla. A unos metros de ella, moviendo sus aletas velozmente, girando como un tirabuzón, Quilla hacía toda clase de piruetas, mientras un poco más allá los delfines bajaban en picada hasta el fondo y hacían rabiñar a los caracoles que hablaban raro.

—¡Fuela, fuela de aquí, bichos naligones! —chillaban los caracoles.

Nikomi reía. Se sentía bien ahora. Ya le había contado a su madre que acababa de descubrir



una cosa muy importante: que no todos los humanos eran enemigos.

—Eso ya lo sabemos —le había dicho su madre—. Por eso siempre venimos a este lugar y vamos a seguir viniendo mientras el mar sea mar.

—*¡Salgan de aquí, bichos malos, feos, gordos!* —chillaban los caracoles, y todos —Nikomi, Quilla y los delfines— reían a carcajadas.



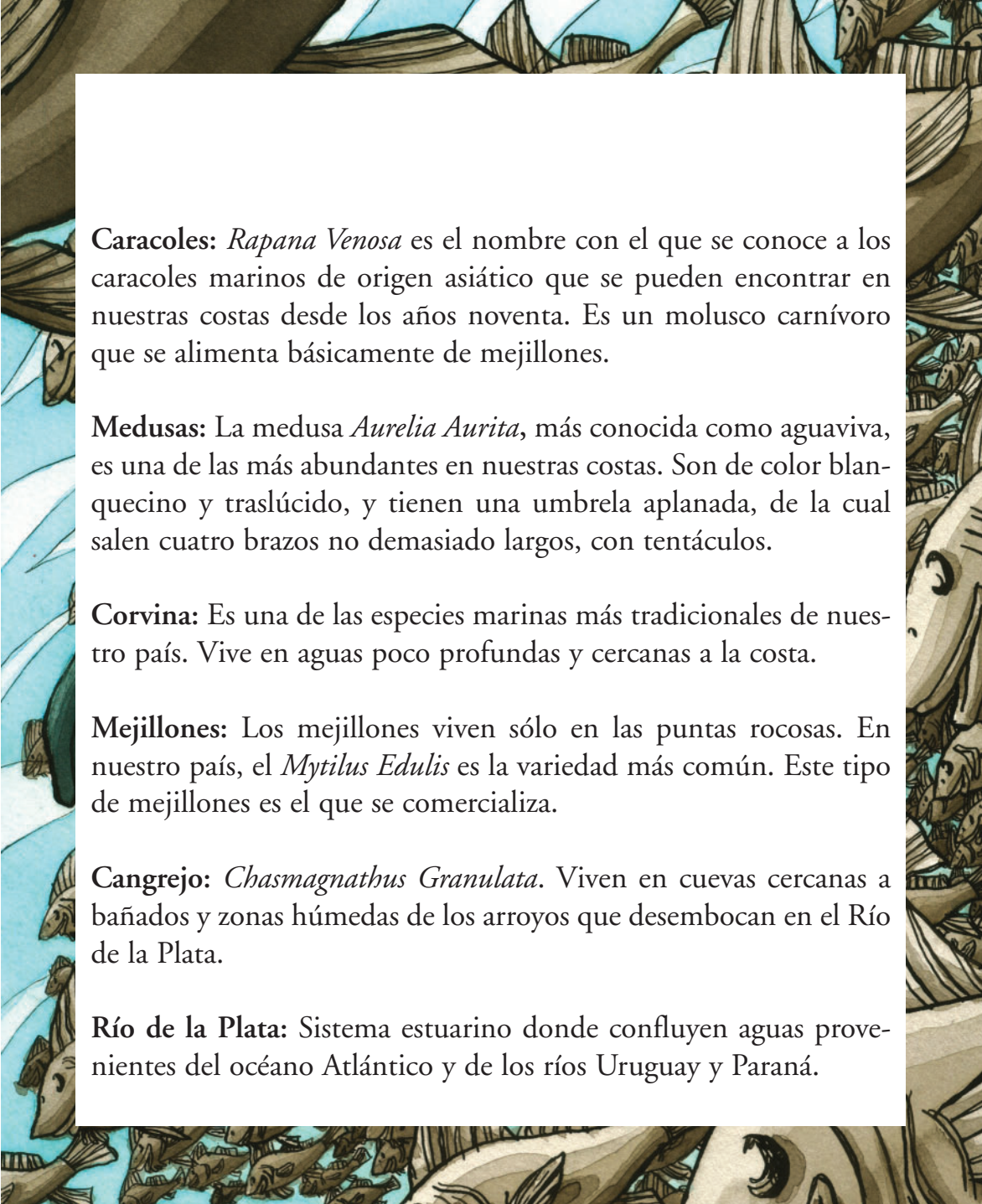


Glosario

Nikomi: Ballena franca austral (*Eubalena Australis*) que entre octubre y noviembre visita nuestras costas. Estas ballenas son negras o gris oscuro y tienen callosidades blancas. Cuando son adultas miden entre 15 y 18 metros, y sus crías entre 5 y 6 metros.

Quilla: Tortuga siete quillas (*Dermochelys Coriacea*) que vive mar adentro. Es la mayor tortuga del mundo, llegando a medir 2 metros de largo y pesar 700 kilogramos. Su alimentación se basa en aguas vivas. Este tipo de tortugas tiene un caparazón flexible y presenta siete quillas longitudinalmente. En verano se las puede observar a más de 3 kilómetros de la costa de Rocha.

Tonina: Es la más conocida de las treinta especies de delfines que existen. Su nombre más común es delfín nariz de botella (*Tursiops Truncatus*). Al igual que otros delfines, usan un sistema de “eco” para localizar el alimento y a menudo cooperan entre ellos para acorralar a sus presas. Viven en grupos de diez o doce delfines en los mares cálidos y templados de todo el mundo. En el Río de la Plata se observan las toninas a pocos metros de distancia de la costa, desde Montevideo a Rocha.

A detailed illustration of a coastal scene. In the background, there are brown, rocky mountains under a blue sky. In the foreground, a wooden boat is on the water. The water is filled with various fish, including a large fish with a prominent eye and a smaller fish with a striped pattern. The style is a mix of watercolor and line art.

Caracoles: *Rapana Venosa* es el nombre con el que se conoce a los caracoles marinos de origen asiático que se pueden encontrar en nuestras costas desde los años noventa. Es un molusco carnívoro que se alimenta básicamente de mejillones.

Medusas: La medusa *Aurelia Aurita*, más conocida como aguaviva, es una de las más abundantes en nuestras costas. Son de color blanquecino y traslúcido, y tienen una umbrella aplanada, de la cual salen cuatro brazos no demasiado largos, con tentáculos.

Corvina: Es una de las especies marinas más tradicionales de nuestro país. Vive en aguas poco profundas y cercanas a la costa.

Mejillones: Los mejillones viven sólo en las puntas rocosas. En nuestro país, el *Mytilus Edulis* es la variedad más común. Este tipo de mejillones es el que se comercializa.

Cangrejo: *Chasmagnathus Granulata*. Viven en cuevas cercanas a bañados y zonas húmedas de los arroyos que desembocan en el Río de la Plata.

Río de la Plata: Sistema estuarino donde confluyen aguas provenientes del océano Atlántico y de los ríos Uruguay y Paraná.



ROY BEROÇAY

Nací en Montevideo en una época en que los dinosaurios aún gobernaban la tierra. Ya de pequeño descubrí que la combinación de sonidos me resultaba muy agradable y soñé con dedicarme a hacer música. En la adolescencia finalmente comencé a cumplir ese sueño y me integré a distintos grupos de rock. Esa enfermedad nunca se me curó y seguí integrando bandas durante casi toda mi vida. De manera paralela, comencé a escribir y soñé con ser escritor. Y también se me cumplió. Ya que estaba (porque vi que eso de soñar se me daba muy bien), soñé con tener una hermosa familia, y la obtuve. Soñé con hacer música con mis hijos, y lo hago. También soñé con que Uruguay salía Campeón del Mundo y que yo ganaba el Cinco de Oro... Bueno, todo no se puede.

Publiqué varios libros, entre ellos *Los telepiratas*, *Pateando lunas*, *Lucas, el fantástico*, *Babú*, *Las aventuras del sapo Ruperto*, *Ruperto detective*, *Ruperto insiste*, *Ruperto de terror III*, *Ruperto al rescate*, *El país de las cercanías* (tomos 1 y 2) y *Ruperto y los extraterrestres*.

Grabé algunos discos: *El Conde de Saint Germain* (Monitor, 1992), *Pequeños infernos* (Dakar, 1999), *Lo que hay* (Bizarro, 2002), *Por fuera* (Bizarro, 2005) y *1000 Kms para ver* (Bizarro, 2007).



SEBASTIÁN SANTANA

Nací en Argentina en 1977, pero vivo en Uruguay desde 1984. Soy ilustrador de cuentos, poemas y carteles, trabajo que me gusta más que cualquier otro, porque me permite hacer algo que llega de la misma forma a muchas personas; también saco fotos, esculpo, pinto, hago diseño gráfico y he participado en algunas obras de teatro como escenógrafo e iluminador. Además me interesa mezclar mi trabajo con el de quienes lo hacen con palabras. Para Alfaguara ilustré *21 poemas raritos*, *El cachorrito emplumado*, *Azul es el color del cielo* y *Nadie les discute el trono*.

Nikomi y la tortuga gigante

Roy Berocay

Ilustraciones de Sebastián Santana

Nikomi es una ballena joven que canta muy mal. Pero además de su pésimo sentido musical tiene un corazón enorme (algo que tienen todas las ballenas, claro) y una gran facilidad para hacerse de amigos. En su viaje al Río de la Plata junto a su madre, Nikomi conocerá a Quilla, una tortuga gigante, varios delfines muy inteligentes, corvinas alocadas y hasta caracoles que hablan en chino. Con ellos vivirá una intensa aventura.

ALFAGUARA

INFANTIL



Ministerio de Medio Ambiente



IDRC



CRDI



SALUD

CAMERADU

